

Oración preparatoria para todos los días

Has venido a visitarme como Padre y como amigo.

Jesús, no me dejes solo. ¡Quédate, Señor, conmigo! Por el mundo envuelto en sombras soy errante peregrino. Dame tu luz y tu gracia. ¡Quédate, Señor, conmigo! En este precioso instante abrazado estoy contigo. Que esta unión nunca me falte. ¡Quédate, Señor, conmigo!

Acompañarme en la vida. Tu presencia necesito. Sin Ti desfallezco y caigo. ¡Quédate, Señor, conmigo! Declinando esta tarde Voy comiendo como un río al hondo mar de la muerte. ¡Quédate, Señor, conmigo!

En la pena y en el gozo sé mi aliento mientras vivo, hasta que muera en tus brazos. ¡Quédate, Señor, conmigo!

Día Primero

Glorioso y bienaventurado Padre Pío: Miranos a tus plantas.

Somos tus devotos, los que hemos admirado tu vida, los que hemos seguido tus pasos, los que hemos sabido de tu poder de intercesión. Mientras vivías en este mundo eran multitudes las que a diario llegaban a San Giovanni Rotondo para verte, para admirar tu fe, para recibir a través de tus palabras el perdón, para aprender tus lecciones, para suplicar tu intercesión. Hoy acudimos a tus plantas con ese mismo cariño y conciencias del poder maravilloso de tu intercesión ante Dios.

Pide por nosotros. Confiamos en tu intercesión, en que nos alcances de Dios las gracias que estamos necesitando.

Te lo suplicamos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SUPPLICAS:

—Para que conceda al mundo y a la Iglesia padres responsables que sean fieles a su sagrada misión. Roguemos al Señor.

—Para que en los hogares se cultive la salud del cuerpo y del alma. Roguemos al Señor.

—Para que todos los niños tengan a su lado padres que se desvelen por ellos. Roguemos al Señor.

Día Segundo

Glorioso Padre Pío: Ya desde niño te ofreciste a Dios para servirle de instrumento reparador. Es la tuya una familia pobre y en ella comenzaste a crecer en edad, en sabiduría, en bondad. Tu padre, soñando un mañana mejor, sale hacia Argentina. Tú lo reconocías con gratitud: «Mi padre marchó lejos de su mujer y de sus hijos para darnos de comer a todos». Tu madre, ayudada por sus hijos, trabajaba con esfuerzo en las tareas del campo para que nunca os faltara nada... Tenemos el testimonio que tú nos da y que nos sirve de lección: «Trabajamos con ahínco desde la más tierna infancia... El pan nos sabía a rosquillas... Colmamos de afecto a nuestros padres... Con ellos luchamos el gran combate de la vida»... Alcánzanos de Dios muchos hijos así. Trabajadores, cariñosos, familiares.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SUPPLICAS:

—Por las familias. Para que sean escuela e Iglesia para los niños. Roguemos al Señor.

—Para que los niños crezcan reconociendo el amor y entrega de sus padres. Roguemos al Señor.

—Para que en los hogares se ame y rece a Dios, sabiendo que la familia que reza unida permanece unida. Roguemos al Señor.

Día Tercero

Bienaventurado Padre Pío: Tú creciste en una familia profundamente religiosa. Un día fue tu padre quien te presentó la gran pregunta. Te hizo sentar junto a él y te dijo: «Hijo mío, ¿no te gustaría ser fraile o sacerdote? He leído muchas encuestas a niños y jóvenes sobre un mañana posible para ellos, y en ellas esa perspectiva religiosa a sido suprimida. Se les pregunta qué piensan ser el día de mañana y se les apuntan posibilidades. ¿Militar, médico, sastrero, ingeniero? No aparece la vida religiosa en ese panorama que ante ellos se abre. ¿Por qué? Ningún honor más grande para una familia que tener un hijo religioso o sacerdote, escogido por Dios para Él.

Pedimos tu protección para que abunden las vocaciones. Sé nuestro protector para que haya muchos y santos religiosos.

Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

SUPPLICAS:

—Para que todos nuestros servicios sean expresión de nuestra fe evangélica. Roguemos al Señor.

—Para que sepamos estar cerca de los hermanos indigentes y necesitados. Roguemos al Señor.

—Para que nuestras vidas sean expresión de servicio, evangelizando con el ejemplo y las palabras. Roguemos al Señor.

Día cuarto

Bienaventurado Padre Pío: En el convento habías comenzado una nueva vida. Conocías todas sus consecuencias.

Así nos lo dice tú mismo: «Tenía sólo 16 años, pero ya sabía lo que tenía que dejar a un lado si de verdad quería ser un religioso sin vuelta de hoja... Debía dedicarme a conocer las exigencias de mi voluntariado compromiso y a compenetrarme con la filosofía y la teología. Me esperaba una vida común que suponía un saludable enriquecimiento espiritual... Nadie te había engañado. Tu misma madre, al dejarte en el convento, te había dicho: «Has querido que te acompañara hasta la puerta de tu nueva morada... Ahora regreso con tus hermanos y a las faenas de cada día. Ténlos en cuenta en tus oraciones. No olvides nunca que eres, ante todo, hijo de Dios y de San Francisco. Cumple lo que te ordenen, pues no merece la pena una separación dolorosa de los tuyos si no te va a proporcionar la alegría de haber hallado el verdadero camino de tu vida...» Así comenzaste tu vida religiosa. Alcánzanos a la Iglesia almas generosas, capaces de dejarlo todo por seguir a Cristo.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SUPPLICAS:

—Para que todos los sacerdotes se orienten teológicamente de la fe en medio del pueblo. Roguemos al Señor.

—Para que se mantengan en comunión y fidelidad con el Papa y los obispos. Roguemos al Señor.

—Para que en todo momento nos hagamos presentes con nuestra vida fraterna y profética. Roguemos al Señor.

Día quinto

Bienaventurado Padre Pío, tu vida no fue nada fácil, sencilla. Fuiste cribado por sufrimientos y tentaciones. El dolor hizo de tu corazón un racimo estrujado. No quisiste que la pena se transparentara. Preferías sufrir y callar. No te importaba verte herido porque sabías que era Dios el que te hería. Sabías muy bien que aceptar el sufrimiento no era como placerte en él. No era amarlo. Era consentir en ser humillado por él como la tierra que permite al agua del cielo penetrarla hasta al fondo. Era aceptarlo y ofrecerlo. Así lo hiciste tú, Padre Pío. Supiste por encima de tu sufrir rosas de conformidad. Erudiciones te autentican postura del cristiano ante el dolor. Que lo aceptemos y sepamos darle su misión purificadora y misionera.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SUPPLICAS:

—Para que demos al dolor el sentido cristiano que tiene. Roguemos al Señor.

—Para que la enfermedad propia o del hermano sepamos aceptarla con espíritu de fe. Roguemos al Señor.

—Para que desarrollemos el valor purificador y misionero que el dolor tiene. Roguemos al Señor.

Día sexto

Bienaventurado Padre Pío:

Ya desde niño te ofreciste como víctima por los demás.

Dios aceptó tu deseo y allí, en San Giovanni Rotondo, te convirtió en otro Cristo Doliente.

Nos hablaste de tus luchas interiores.

«¿Quién podrá describir el martirio que se fraguaba dentro de mí? El sólo recuerdo de aquellas luchas infernales me hiela la sangre en mis venas. Oía la voz de obediencia a Ti, Dios mío, pero tus enemigos me tiranizaban, me dislocaban los huesos, me reforciaban las entrañas...»

Un día las plagas aparecieron en tu cuerpo.

Habías querido ser víctima por todos, por los que se encomendaban a ti y por los que no lo hacían, por los justos y por los pecadores. A licenciarte de la milicia, que tanta maldad te había dado a conocer, quisiste ofrecerte por la Iglesia. Pediste a tu Dios que descargara sobre Él su justicia en misión propiciatoria, queñas soportar el castigo de los pecados ajenos.

Alcánzanos de Dios saber aceptar los dolores y hacer de ellos una ofrenda amorosa.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SUPPLICAS:

—Para que el dolor nos lleve a la unión con Cristo. Rogamos al Señor.

—Para que Dios nos ayude a comprender la fuerza del dolor aceptado. Roguemos al Señor.

—Para que Dios nos enseñe a aceptar y ofrecer el sufrimiento. Roguemos al Señor.

Día séptimo

Bienaventurado Padre Pío, hombre de fe y oración.

Las multitudes de ayer y de hoy vienen a ti: ¿Por qué? Porque ven en ti un hombre de Dios, un hombre de fe, un hombre hecho oración, un hombre de doores, un crucificado sin cruz, aquel tu pasar horas y horas en el coro ante la cruz o a los pies de la Madre de las Gracias...

Un día te preguntaron qué eres tú para todos aquellos que acudían a ti, y te definiste diciendo: «Entre vosotros soy un hermano; en el altar una víctima; en el confesionario, un juez».

Tu misa era algo maravilloso. En torno al altar se apretujaba la gente. Al verlo transfigurado por el amor y el dolor, la gente cree y reza. En la intensidad del fervor, todo proclamaba que vivas la pasión de Cristo y te unieras con Él...

El Papa Pablo VI lo reconocía con estas palabras: «Mirad cuánta fama. ¡Qué clientela mundial ha reunido en torno a sí! ¿Por qué? Fue porque decía la misa con humildad, porque confesaba de la mañana a la noche, porque era un hombre de Dios».

Querido Padre Pío, alcázanos de tu Dios el que vivamos como tú nuestra fe, que hagamos de la misa la fuente y cima de nuestro fervor y que nuestra vida transcurra en un constante y animoso contacto con Él.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SÚPLICAS:

—Para que la misa y la Eucaristía sean fuente y cima de nuestra fe. Roguemos al Señor.

—Para que según tu ejemplo vivamos en constante contacto con Dios. Roguemos al Señor.

—Para que aceptemos con generosidad las adversidades con que Dios quiera probarnos. Roguemos al Señor.

Día Octavo

Bienaventurado Padre Pío:

El dolor para el cristiano supone una prueba, una exigencia y un mal.

Dios te había escogido como víctima e huésped de tu vida, una inmolación y un ofertorio de amor. Te ofrecías a tu Dios para que los demás tengan vida.

Cuando pensamos en los demás es cuando empezamos a ser cristianos.

Tu amor te llevaba a hacer presente a Dios entre los hombres y ofrecías tu entrega: «Debemos amar a los demás porque su imagen visible de Dios y tanto como los ama el mismo Dios... Si Dios nos ha colmado de dones y de voluntad, no podemos nosotros encerrarlos todo en un baúl sin que produzca los dones que debe».

Tu amor a Dios y al hombre te llevó a sufrir con los que sufrían. Acabar con el dolor era imposible, pero aliviarlo sí lo vierte a tu siervo lo consideraste obligatorio. Fue así como profetaron tus grandes iniciativas para aliviar el sufrimiento.

Queremos aprender de ti esa sensibilidad.

Que no pasemos de largo, indiferentes ante los hermanos que sufren.

Lo suplicamos por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SÚPLICAS:

—Para que ancianos y enfermos reciban de nosotros el cariño que merecen. Roguemos al Señor.

—Para que el amor de Dios lo manifestemos en obras de caridad para con el prójimo. Roguemos al Señor.

—Para que levantemos la esperanza de los enfermos y testemos siempre al bien del que sufre. Roguemos al Señor.

Día Noveno

Bienaventurado Padre Pío, un crucificado sin cruz.

Viviste señalado por lo sobrenatural e inexplicable humanamente.

Toda tu vida fue una entrega sin restricciones a Dios y a los hermanos.

Pasaste haciendo bien, como Cristo.

Las multitudes acudían a ti, a tus misas, a tu confesionario, a tus bendiciones, a tus pláticas vespertinas... y partían confortados y alegres.

Hoy sigues siendo protector ante Dios.

Miliones de personas visitan anualmente tu tumba en busca de nuevos favores y a darte gracias por los milagros que creen haber obtenido por tu intercesión.

Históricamente ha sido un problema para la Congregación para las Causas de los Santos el hallar un milagro auténtico. Sin embargo, en ti el problema fue elegir entre la gran abundancia de milagros contrastados médicamente.

Querido Padre Pío, con una confianza grande hemos venido a ti.

Queremos tu intercesión y amparo.

Ruega por nosotros.

Alcázanos de Dios cuanto estamos necesitando.

Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

SÚPLICAS:

—Para que seamos testigos de fe en medio del mundo. Roguemos al Señor.

—Para que pasemos por la vida amando a Dios y a la Iglesia. Roguemos al Señor.

—Para que en nuestra época orgullosa y afónica por tener más seamos testigos de otros valores como lo fue el Padre Pío. Roguemos al Señor.

